

tirá predicar de hoy en quince días. Accede á mis deseos, pues de lo contrario no te perdonaré en mi vida.

¿Qué podía objetar? El médico lo permitió, y Baruch debió preparar su sermón. ¿Quién sería capaz de ordenar sus ideas confusas? ¿No había peligro en la familiaridad que adquiriría con la lectura de los clásicos en casa de Olimpia?

Ante un cúmulo de notas, y colocada una mano en las obras de Maimonides, miraba todos los volúmenes colocados delante de él en la biblioteca. «Allí dentro,—se decía,—vive el pensamiento de espíritus que fueron; también ellos han luchado y dudado y han vuelto á conquistar la paz. Millares de hombres te han precedido y han sido más sabios que tú. Cambia tu orgullo en humildad, y lograrás la beatitud celeste. Si quieres, puedes; es, pues, necesario. ¿Dónde hallarás la fuerza necesaria para seguir un camino, en el cual te acompañará sólo tu propia conciencia? Las almas de tus antepasados se levantan de su tumba, te bendicen, te reciben en su seno...»

Brilló en los ojos de Baruch un santo entusiasmo, porque volvía á recuperar la paz. ¿Será duradera? ¿Vencerán la historia y la tradición, ó despertarán otra vez las aspiraciones del alma que no pueden ser satisfechas más que por sí mismas?

Subió Baruch el sábado ya fijado al altar en medio de un gran silencio, y ya se disponía á hablar, cuando algún demonio trajo de nuevo á su fantasía la imágen de Olimpia, que le repetía: ¡Rabino Baruch, rabino Baruch! Recurrió á toda su energía moral, desechó la imágen, y comenzó así: